

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS Y ARTURO ALESSANDRI PALMA: DE  
LA CRÍTICA A LA MODERNIDAD A LA CRÓNICA POLÍTICA<sup>1</sup>

*JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS AND ARTURO ALESSANDRI PALMA: FROM THE  
CRITIQUE OF MODERNITY TO THE POLITICAL CHRONICLE*

Jaime Galgani Muñoz  
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (UMCE)  
jaime.galgani@gmail.com.

RESUMEN

Durante la primera y segunda década del siglo XX, destaca el trabajo periodístico del escritor Joaquín Díaz Garcés como columnista de opinión de los principales periódicos nacionales. Entre las diversas temáticas tratadas por él, se advierte la enconada diatriba contra el proyecto político surgido a fines de la segunda década del siglo y liderado por Arturo Alessandri Palma. Siguiendo los principios de la nueva retórica para el estudio de columnas literarias, se ofrece, en este artículo, un análisis que intenta demostrar cómo el escritor-columnista pone en evidencia, no sin riesgo de incurrir en falacias, las debilidades y amenazas encubiertas tras el mito histórico político que constituyó el liderazgo de Alessandri en la historia política chilena.

PALABRAS CLAVE: Crónica política, Joaquín Díaz Garcés, Arturo Alessandri Palma, *El Diario Ilustrado*, la ciudad modernizada, la ciudad politizada.

ABSTRACT

The work of Joaquín Díaz Garcés, an opinion columnist for Chile's major newspapers, stands out during the first and second decades of the twentieth century. Among a variety of other topics, he wrote a bitter

---

<sup>1</sup> Artículo asociado a proyecto de investigación FONDECYT REGULAR 1130400, "La columna cultural de escritoras y escritores en la prensa chilena desde 1900-1920: aportes y transformaciones del género y de sus autores".

diatribe against the political project that emerged toward the end of that century's second decade — led by Arturo Alessandri Palma. Following the principles of the new rhetoric for the study of literary columns, this article presents analysis that attempts to demonstrate how the author-columnist reveals, not without risk of fallacy, the weaknesses and threats concealed behind the historical and political myth that constituted Alessandri's leadership in Chilean political history.

KEY WORDS: *Political Chronicle, Joaquín Díaz Garcés, Arturo Alessandri Palma, El Diario Ilustrado, The Modernized City, The Politicized City.*

*Recibido: 3 de diciembre de 2014      Aceptado: 15 de abril de 2015*

## INTRODUCCIÓN

El presente artículo aborda un conjunto de columnas publicadas por el escritor y periodista Joaquín Díaz Garcés en el encuentro de la segunda y tercera década del siglo XX, lapso en que descollaba la figura de Arturo Alessandri Palma como un importante líder político, verdadera promesa surgida hacia 1915 cuando asumió como parlamentario representante de la región salitrera, envuelta, por entonces, en una de las crisis que catapultó importantes movimientos asociados al surgimiento de la cuestión social en Chile. La preocupación fundamental de este análisis no es la postura conservadora de Díaz Garcés ni tampoco la eventual superficialidad del “mito Alessandri”, sino el estudio de la “columna de opinión” en su modalidad denominada como “crónica política”. No se propone aquí discutir quién tiene la razón —el cronista o el político— sino observar la forma en que los discursos que ambos sostienen dialogan en la escena pública. La crónica consta de un nuevo estatuto desde que el escritor participa en ella en la esfera de la organización de posiciones que otorga el orden nuevo, dinamizado por la concepción moderna que le asigna un lugar distinto y medianamente distante de la hegemonía del poder. Por este motivo, entran en concurso las formas clásicas del uso retórico que intenta disuadir a la población lectora cada vez más numerosa gracias a diversos procesos ocurridos en las décadas precedentes: masificación, modernización del periodismo, urbanización, alfabetización, entre otros. El análisis retórico de la columna de opinión no ha sido tan frecuente en los estudios periodístico-literarios en Chile; por esta razón, se ha escogido la propuesta de Bernardo Gómez Calderón, académico español. Su método actualiza los principios de la retórica clásica, permitiendo enfrentar temáticas, argumentos, disposición y recursos elocutivos destinados a la disuasión.

Antes de arribar a la cuestión central del artículo, se presenta la figura de Joaquín Díaz Garcés en el contexto de las relaciones entre literatura y prensa. Se lo considera como un profesional especializado (periodista) que responde al paradigma del intelectual moderno en constante conflicto entre el diagnóstico que realiza del tiempo

presente, atiborrado de tensiones y defectos, y las nostalgias del orden ya desaparecido e imperante durante el siglo XIX chileno. Se lo incardina en el proceso de cambio que Ángel Rama describe al revisar la evolución que se dio en América Latina entre “la ciudad modernizada” y “la ciudad politizada”.

La hipótesis de trabajo considerada propone que el cronista en estudio, en el corto período en que sus publicaciones alcanzaron notoriedad (especialmente 1900-1921, fecha de su muerte), se desplazó desde la amplia crítica a la modernidad a la crítica explícitamente política y que, en esa transición, sus recursos escriturales también experimentaron un cambio significativo, pues, de una crónica aguda, inteligente y literariamente más reposada, derivó a la diatriba descarnada y exenta de los atributos literarios que normalmente se le han reconocido. Con todo, Díaz Garcés se constituye en un precedente interesante de reconocer a la hora de estudiar la crónica política que dominó gran parte de la escena social chilena durante el siglo XX.

#### JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS (1877-1921)

El contexto en que se desenvuelve la actividad cultural de Joaquín Díaz Garcés corresponde al desarrollo del periodismo moderno<sup>2</sup>, del cual llegó a ser un protagonista importante. De hecho, aun habiendo sido cuentista y novelista, se lo recuerda fundamentalmente como escritor de columnas periodísticas e impulsor de importantes medios de prensa en las primeras décadas del siglo XX (*Zig-Zag*, *Pacífico Magazine*, *Las Últimas Noticias*). Como cronista en varios periódicos, destaca la movilización personal que hace de sus habilidades literarias y retóricas, combinadas con un estilo irónico que recuerda a José Joaquín Vallejo. En este ejercicio escritural, Díaz Garcés contribuye a hacer del periodismo un dispositivo cultural que permite “pensar la ciudad”, al decir de Julio Ramos, en una lógica desjerarquizadora y fragmentaria, en analogía con la organización del espacio urbano (Cfr. Ossandón online). Si cada modelo de ciudad genera sus dispositivos comunicativos propios, en los cuales se refleja de algún modo la dinámica de desarrollo que ese modelo comporta, a la ciudad moderna le corresponde, en propiedad, el periodismo; ya José Martí había expresado que el

---

<sup>2</sup> Para efectos prácticos, se entiende aquí que “[e]l desarrollo de la “empresa” periodística moderna y de unas estrategias periodísticas más conscientes de sí, de un mercado noticioso y de bienes simbólicos que puede imponer sus propios ritmos y demandas, el mayor espacio y peso que toma el avisaje y las transacciones comerciales, la ampliación y diversificación de medios y formatos, la inicial consolidación de narrativas estandarizadas o de géneros propiamente periodísticos y de profesionales de la prensa, el desarrollo de intereses y gustos nuevos y de un público lector más numeroso, diversificado y anónimo, así como la circulación de distintas identidades y perspectivas políticas, son algunos de los nuevos factores que caracterizan al sistema comunicacional en formación” (Ossandón online)

nuevo lugar de las ideas es el periódico, atendiendo a la vertiginosidad del movimiento que la modernidad les impulsa<sup>3</sup>.

Las colaboraciones de Joaquín Díaz Garcés se encuentran en numerosos periódicos. En 1895, comienza a publicar en *El Chileno* y luego, en *El Porvenir*, pero es en los diarios *El Mercurio* de Valparaíso y *El Mercurio* de Santiago donde desplegó la mayor parte de su trabajo periodístico. Esto, antes de que, debido a su férrea oposición a la figura de Arturo Alessandri Palma, se acercara definitivamente al conservador *Diario Ilustrado*, en donde lo sorprendió su temprana muerte. Sus crónicas no sólo eran nutridas por las cualidades literarias de su escritura sino también por la intensa vida pública que llevó adelante, especialmente como agente cultural y diplomático.

Andrés Sabella destaca que fue el periodismo el que permitió a Díaz Garcés “la intimidad con el idioma” sin amarrarlo a los “tiquismiquis del estilo” facilitando una rápida evacuación de su inspiración en “las cuartillas”. La conexión entre el costumbrismo de sus relatos y la inmediatez de sus crónicas dio como resultado una espontaneidad acertada que permitió acercar al escritor con el cronista: “fue chileno que no se echó piedras en la boca, para ahogar la sonrisa”. Premunido de un humorismo innato, logró “obtener que sus obras contuviesen chilenidad de sangre y no [de] feria [y que] fuesen, como indica Tomás MacHale, ‘Un retrato fiel del carácter nacional’”, coincidiendo con el juicio de Raúl Silva Castro, quien lo “ nombra como ‘maestro de la gracia zumbona y de la ironía’ ” (Sabella 5).

#### DE LA CIUDAD MODERNIZADA A LA CIUDAD POLITIZADA

Ángel Rama plantea que la modernización de la ciudad, desde 1870 en adelante, supone el surgimiento de nuevos actores en la escena cultural. La ampliación del “circuito letrado” se hizo evidente con la complejización del campo gracias al desarrollo de medios de expresión de diverso origen, como lo fueron las “gacetas populares”, ejemplo de lo que sería la proliferación de órganos literarios y periodísticos adscritos a sectores intelectuales no vinculados a la alta clase dirigente o a los clásicos órdenes que habían marcado la hegemonía discursiva hasta entonces (el Estado y la Iglesia). Nuevos intelectuales se confrontan críticamente con quienes habían ejercido

---

<sup>3</sup> “Todo es expansión, comunicación, florecencia, contagio, esparcimiento. El periódico desflora las ideas grandiosas. Las ideas no hacen familia en la mente, como antes, ni casa, ni larga vida. Nacen a caballo, montadas en relámpago, con alas. No crecen en una mente sola, sino por el comercio de todas. No tardan en beneficiar, después de salida trabajosa, a número escaso de lectores; sino que, apenas nacidas, benefician. Las estrujan, las ponen en alto, se las ciñen como corona, las clavan en picota, las erigen en ídolo, las vuelcan, las mantean” (Martí online).

un ministerio que servía más a los intereses de un orden que a la exposición de la realidad. La crítica se orienta, por ejemplo, a los académicos universitarios, quienes representaban los beneficios que el orden tradicional les había conferido, dejando al resto de la sociedad a merced de “gobiernos arbitrarios” (61). De este modo, se expresa una oposición a la “ciudad letrada”, constituida por académicos de antiguo cuño. Los nuevos intelectuales, sintiéndose más representativos de las emergentes demandas sociales, siguiendo la inspiración de Spencer, Pestalozzi o Mann, parten por reconocer “palmariamente el imperio de la letra, introduciendo a nuevos grupos sociales” (62), los cuales se valen de la Letra “como palanca del ascenso social, de la respetabilidad pública y de la incorporación a los centros de poder; pero también de una relativa autonomía respecto a ellos, que generaba la sociedad burguesa en desarrollo” (63). El renovado y variopinto sector intelectual moderno contará con *reporters*, vendedores de artículos a los diarios, autores de folletines, maestros pueblerinos o suburbanos, autores de composiciones musicales populares, etc. (63). Se favorece el desarrollo de nuevos profesionales relativamente independientes, especialmente del periodista y del abogado.

El contexto de la ciudad modernizada ofrece el marco adecuado para comprender la posición de Díaz Garcés y el sentido de sus aportes a la prensa. Como algunos de sus coetáneos, el hecho de comenzar desde muy temprano colaborando en ella, da cuenta del lugar que el periódico tiene entre dichos cenáculos. En su caso, más aún, pues todo su quehacer escritural se involucra con la prensa escrita desde principio a fin, diferenciándolo de otros escritores que, habiendo sido hábiles y connotados cronistas, lograron definir una trayectoria paralela como escritores (el caso de Augusto d’Halmar es el más destacado en esos años). Aunque su posición de clase dista del patrón señalado por Rama con respecto a los nuevos intelectuales que en la ciudad modernizada entran en pugna con la ciudad letrada, es posible comprender que, tanto por el impulso y prioridad que dio a su labor periodística como por el carácter crítico que tienen sus escritos, responde con soltura a las características que se atribuyen al intelectual moderno que contribuye al fortalecimiento de un campo cultural relativamente autónomo. Sólo en estas circunstancias, sus ironías, su ácida visión de la sociedad chilena de las primeras décadas del siglo XX tenían posibilidades de encontrar un posicionamiento legítimo. Así pues, revisando exhaustivamente varios de sus escritos en las primeras décadas del siglo, se advierte que, en términos generales, criticaba la modernidad y la modernización, así como la conformación artificiosa de una suerte de identidad chilena forzada por el lastre de algunas tradiciones criollistas o, en sentido inverso, por la imitación y el apego a ciertas modas y usos provenientes de regiones consideradas plenamente “modernas”. Algunos ejemplos: en su crónica “Reformas y progresos médicos” (*Pacífico Magazine*, 1913) habla de profesionales inescrupulosos tentados por el dinero, insensibles, más preocupados por su “técnica” que por el destino del paciente; en “Interiores modernos” (*Pacífico Magazine*, 1916),

se refiere irónicamente a las incomodidades que trae la modernización, a pesar de sus aparentes ventajas; en la “Psicología del intruso” (*Pacífico Magazine*, 1915), se refiere a ese tipo social, fácil de encontrar en la sociedad chilena, hijo de la inventiva y de la necesidad, que funciona como relacionador espontáneo a fin de entrometerse en donde se encuentre alguien necesitado de algún favor para vincularlo con un sujeto pretendidamente influyente, generando así un sistema de deudas, favores y compromisos que después lo catapultan al servicio público como funcionario de cierto renombre; en “Matrimonio con príncipe” (*El Mercurio*, 1908), alude al arribismo medioclasero que ya empieza a campear en algunos sectores de la sociedad chilena; en “La cafetera rusa” (*El Mercurio*, 1907), arremete contra el entusiasmo arribista que algunos tienen por adquirir productos importados que después les causan serios problemas. En otras crónicas, se encarga de diseccionar los contenidos del discurso sobre la identidad chilena y desenmascarar el sustrato que la sostiene; así, por ejemplo, en “La sandía” (*El chileno*, 1899) y “Rubia...”, apelativo con que se refiere a “la chicha” (*El Mercurio*, 1902). Como contraparte, no pocas de sus colaboraciones tienden a destacar las ventajas del tiempo viejo, es decir, la pulcritud de las costumbres y de los tipos humanos que, a su entender, ennoblecieron la sociedad chilena del siglo XIX; en efecto, en “Hombres de ayer y de hoy” (*El Diario Ilustrado*, 1921), comentando las cualidades de Carlos Walker Martínez, dice que “era una buena mezcla de sangre británica y chilena”, “viril en su acción, tiernísimo en su intimidad”, que pertenecía a una época en que “[l]a democracia era hidalga, sencilla, pobre. No gastaba insolencias, no envidiaba, se contentaba con el escaso bien ganado por los padres y levemente acrecentado por los hijos, con el trabajo, la economía, el orden” (5 de junio de 1921). En síntesis, todo un panorama de época en que Díaz Garcés cumple con dar cuenta de la condición del intelectual moderno, es decir, su descontento, su incomodidad, su experiencia de haber sido desplazado de la centralidad del poder, y la convicción de que el lugar del hombre ilustrado del siglo XIX ha sido usurpado por especuladores, cínicos, falsarios, intrusos, simuladores e impostores.

Sin embargo, tal como se afirma en la hipótesis de este estudio, la escritura periodística de Díaz Garcés no se inscribe solamente en el contexto de la “ciudad modernizada” que define Ángel Rama, sino también en la “ciudad politizada” en que deviene aquella. La variante que distingue ambas ciudades es la irrupción de los movimientos revolucionarios y sociales que vienen a constituir una especie de segunda refundación en el orden latinoamericano.

Al día siguiente de la rumbosa celebración del centenario de la Independencia hispano-americana, comienza para este hemisferio de América Latina el siglo XX: es en 1911 la revolución mexicana que inicia los sucesivos sacudimientos político-sociales a la búsqueda de un nuevo orden, todavía controlados por la acción de fuerzas internas que procuran dar expresión a la estructura socio-

económica que se había forjado en el cauce de la mencionada modernización (Rama 83).

Díaz Garcés no es indiferente ante las convulsiones y agitaciones que acarrea el nuevo orden. Y, así como el periodismo y las letras son afectados por la politización mencionada, también su prosa sufrirá esos efectos. Así será demostrado por el cambio en el tenor de sus columnas y por su abandono de las páginas de *El Mercurio* para continuar publicando en el conservador *El Diario Ilustrado*. Este giro significó una politización de su discurso, entendido dicho cambio como un relativo abandono de la crítica moderna en términos generales para acercarse a la crónica contingente, que, aun no habiendo sido muy proficua en el caso de Díaz Garcés, debido a su muerte en 1921, sí resulta sintomática de un cambio de época, puesto que habla de un género que tuvo destacados representantes durante los años más violentos de la historia del siglo XX.

#### CRÍTICA EN CONTEXTO

Bernardo Subercaseaux, en su *Genealogía de la vanguardia en Chile*, ofrece un panorama de la crítica cultural en Chile a comienzos del siglo XX. Dicha lectura nos hace posible comprender la posición desde la cual nacen las crónicas y colaboraciones periodísticas de Joaquín Díaz Garcés. En efecto, en torno al primer centenario, en 1910, Subercaseaux afirma que no todo fueron celebraciones triunfalistas, sino que se desarrolló un “discurso explícitamente antioligarca” que dio cuenta de la transformación de la “antigua aristocracia del linaje y de la tradición en una plutocracia opulenta”. Movilizada por las riquezas del salitre y de la especulación financiera, dicha oligarquía abandonó los antiguos valores de clase para considerar como positivos “el ocio, los viajes, la cultura del club, el cosmopolitismo, el juego y la especulación”. Comenta, para demostrarlo, la novela *¡Krack!* (1903), de Ventura Fraga, en que se representa “la decadencia de la elite de comienzos de siglo”, la novela *El tapete verde* (1910) en la que Francisco Hederra “recrea y muestra la corrupción de las élites en Talca”, la novela *Casa grande* (1908), en la que Luis Orrego Luco “pretende estimular la regeneración social de la aristocracia de la sangre, para restablecer así el rol moral que esta tuvo en el pasado”, *El inútil* (1910), novela en que Joaquín Edwards Bello “satiriza e ironiza a la aristocracia y al parlamentarismo”, *Balance patriótico* (1925), en donde Vicente Huidobro señala que la antigua oligarquía (la de los apellidos vinosos) aunque cometía muchos errores “no se vendía”, a diferencia de la nueva aristocracia (la de los apellidos bancosos) que “todo lo cotiza en pesos”. Subercaseaux concluye que toda esta producción da cuenta de que “en las primeras décadas se estaba gestando un movimiento cultural que indicaba claramente que un modelo de sociedad y de modernización se agotaba y que de sus propias entrañas comenzaba a surgir otro distinto” y que ese movimiento fue el que, en definitiva, contribuyó a que, en 1920, se levantara un nuevo proyecto,

enarbolado por la candidatura y presidencia de Arturo Alessandri Palma, apoyado por las capas medias de la sociedad chilena y violentamente contestado por la elite, “al percibir en su triunfo la amenaza de un quiebre (o clausura) de la sociedad oligárquica y tradicional” (Cfr. Subercaseaux online).

¿Cómo encaja Joaquín Díaz Garcés en este contexto crítico? Como se ha visto, por las crónicas citadas anteriormente, coincide en los mismos términos de descontento frente a los derroteros que va siguiendo la nación ante una dirigencia embelesada por el mercado especulador, por la modernización sin fundamento, por el arribismo europeo, por el abandono de la tradición. Pero también discrepa con respecto a que la solución sea el proyecto innovador de Arturo Alessandri. En este sentido, su propuesta responde mejor a la posición conservadora y restauradora que marcará, sin duda, una línea editorial y política que acompañará buena parte de las siguientes décadas y que bien puede responder a los postulados de una derecha tradicional, afincada en los principios más estables de la tradición. Por eso, su desconfianza frente a los intereses que, a sus ojos, esconden los movimientos revolucionarios con sus prometedores vientos de renovación.

#### EL DISCURSO ALESSANDRISTA: ¿UNA VOZ AUTÉNTICA DE LA MOVILIZACIÓN POPULAR?

Arturo Alessandri Palma (1868-1950) es uno de los políticos más destacados del siglo XX. Estudió leyes en la Universidad de Chile, titulándose de abogado en 1893. Poco después, inicia una carrera política como diputado por el Partido Liberal (1897 en adelante), llegando a ser elegido como senador por la provincia de Tarapacá (1915), región que en esos años resultaba clave para el acontecer político social, pues allí se concentraban las problemáticas laborales asociadas a la explotación del salitre, en una época en que afloraba en Chile, especialmente por la vía obrera, el discurso sobre “la cuestión social”. Por el carisma avasallador de Alessandri y por el atractivo que tenía ante las masas proletarias, llegó a ser apodado “El León de Tarapacá”, instalando un mito que quedó en el imaginario chileno como el de un caudillo liberal preocupado por la situación de los sectores más desfavorecidos de la nación. Desde esa plataforma se levanta, cada vez más promisorio y audaz, la campaña electoral que lo llevó a la Presidencia de la República, en 1920, año en que llegó a La Moneda representando las esperanzas de varios sectores emergentes (obreros, mujeres, jóvenes, sindicalistas, etc.). Alessandri representó un cambio de época por cuanto, por primera vez, su gobierno logró plasmar la nueva fisonomía del poder en Chile.

Sobre el lugar que le cupo a Alessandri en la escena política de comienzos de siglo, es interesante seguir la documentada información que ofrece Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, quien confirma que la aparición de Arturo Alessandri en la escena política del siglo XX se enmarca en el contexto del proceso de politización de “la

cuestión social”, que tuvo como foco principal la provincia de Tarapacá, en donde surgieron importantes movimientos políticos y sindicales asociados a la explotación salitrera. La hipótesis de Valdivia postula que la fortaleza de la propuesta alessandrista consistió en “mostrar al mundo popular que el cambio y la construcción de una sociedad más justa era posible dentro del régimen existente” (488) y que tal proyecto “no se apoyó en un discurso social maduro y elaborado, sino en el uso de recursos de corte populista que cumplieran objetivos concretos dentro de la estrategia política del ‘León de Tarapacá’” (488). Afirma también que “[l]a movilización popular fomentada por Alessandri fue una pantalla para lograr fines político-institucionales que le aseguraran la victoria” (488), que “[d]esde esa óptica, el populismo alessandrista se quedó en un plano más bien emotivo y retórico”, y que el tema social “no constituyó un área política preferente hasta que los trabajadores se convirtieron en un mercado electoral indispensable” (488), lo cual deja entrever, por parte del que muchos consideraron un caudillo, que Alessandri se hizo servir de las nuevas fuerzas políticas en mérito de una ambición personal. Si bien, hasta ser elegido como senador por Tarapacá en marzo de 1915, Alessandri había sido más bien un orador de “salón”, “después de Tarapacá, [tanto su] elocuencia como su política, cambia de giro... el blanco de esa mortífera oratoria (será) la masa humilde y preterida” (Gonzalo Vial, citado por Valdivia 494). “Alessandri inicia un nuevo estilo de lucha política, apasionada, emotiva, demagógica... su persona es mitificada” (Virginia Krzeminsky, citada por Valdivia 494).

Estos y otros argumentos que presenta Valdivia son suficientes para demostrar que las crónicas de Joaquín Díaz Garcés representan una crítica discursiva a la instalada convicción con respecto a las auténticas motivaciones que llevaron a Alessandri a obtener la primera magistratura de la nación. En efecto, el cronista, desde su postura conservadora y desde sus temores a los aires revolucionarios que “el caudillo” representaba, pero sobre todo desde su aguda visión de escritor y periodista, pretende develar el verdadero rostro que el programa alessandrista ocultaba.

#### LA NUEVA RETÓRICA: UNA PROPUESTA DE REVISIÓN

No obstante el análisis retórico parece haber sido desplazado por escuelas críticas contemporáneas que privilegian otros énfasis en el análisis textual, se ha dado, especialmente en España, una recuperación de autores y métodos que se remontan a la retórica clásica, recogiendo sus elementos centrales. En esta línea, destaca la propuesta metodológica de Bernardo Gómez Calderón (2004) presentada en su artículo: “De la *intellectio* a la *elocutio*: un modelo de análisis retórico para la columna personal”. El artículo presenta la novedad de acoger la retórica clásica y aplicarla a la comprensión de la columna de opinión, que es el objeto de estudio de este texto, en este caso crónica política. El enfoque, claramente, tiene alcances modestos, pues no logra centrarse más que en las propiedades retóricas del texto (columna en este caso), para determinar,

siguiendo una suerte de análisis estructural, los mecanismos textuales destinados a producir la disuasión necesaria. No hay otras pretensiones más que estas, las cuales, sin embargo, parecen suficientes toda vez que, a menudo, la crítica textual ha rodeado este tipo de producciones menores con una serie de consideraciones sociales, políticas, culturales, pero no ha profundizado en los mecanismos internos de producción. La “nueva retórica” apunta precisamente a llenar este vacío. El modelo propuesto por Gómez Calderón, siguiendo a otros estudiosos de la materia, destacándose entre ellos Chico Rico, comprende el análisis de cuatro aspectos. A saber 1) *Intellectio* (tema o asunto), 2) *Inventio* (argumentos), 3) *Dispositio* (organización estructural de los argumentos), 4) *Elocutio* (recursos retóricos destinados a producir el efecto persuasivo).

Para el caso de las crónicas seleccionadas, el asunto o temática (*intellectio*) que tratan en común son las amenazas que su autor advierte frente a la renovación política propuesta por Arturo Alessandri Palma. Instalado ya en *El Diario Ilustrado*, especialmente durante 1920, se ve a Díaz Garcés desplegando su batería retórica contra Alessandri con motivo de diversas situaciones que terminan por articularse en cinco crónicas revisadas. A saber: 1) “La cloaca anarquista”, crónica orientada a criticar a Javier A. Figueroa, líder liberal, quien junto a los representantes del liberalismo de la época terminarán uniéndose y generando un clima inestable que viene a ser nominado como “cloaca” por Díaz Garcés, clima que, por cierto, describe el gobierno de Alessandri; 2) “La falta de autoridad”, crónica dedicada a minusvalorar la capacidad del gobernante para dirigir un país; 3) “El mexicanismo comienza”, crónica que jibariza los esfuerzos renovadores de Alessandri y su gobierno; 4) “Comentario obligado”, texto dedicado a manifestar el desagrado que produce en el columnista el uso de la expresión “mi querida chusma” por parte del gobernante; y 5) “Las víctimas de Recabarren Luis”, en donde comenta los sucesos relacionados con “la matanza de San Gregorio”, acontecida en 1921, bajo el gobierno de Alessandri y en la cual Recabarren habría cumplido un rol determinante al culpársele de las muertes ocurridas allí; se trata, en el fondo, de la imputación de responsabilidad ideológica a uno de los líderes y pensadores políticos más importantes de la primera mitad del siglo XX en Chile.

Los argumentos utilizados (*inventio*) son diferentes para cada tema que trata y para cada crónica. En el caso de “Comentario obligado”, en la cual crítica al Presidente por usar una expresión que le dio fama y que, al parecer, repitió en incontables ocasiones al referirse a las masas que lo apoyaban: “mi querida chusma”, “mi chusma adorada”, su crítica se vale del argumento de autoridad que le ofrece la prensa argentina, en particular *El Diario* de Buenos Aires, “que no tiene en Chile corresponsables adulones o vengativos”, en oposición a la prensa chilena; en concreto, un periódico que no nombra, pero que se pone “de rodillas ante todos los actos y gestos del Presidente”. También acude al argumento de posición, relacionado con el *status* convencionalmente asignado al emisor por su investidura, cuanto más si se trata de la primera magistratura de la nación. Por eso califica como “desusada” la forma en que el

Presidente habla normalmente. Y acusa que las nuevas corrientes en política lo han llevado a creer que “la revisión de los valores llega hasta la revisión del buen gusto y de la posición que ocupa en el rango social”. “Los hombres que piensan bien siguen hablando bien” y “si algo no puede destruir el bolcheviquismo es la inteligencia y el honor, el criterio y la dignidad”. Finalmente, acude al argumento de la dignidad y el respeto que toda persona y toda clase social merece: “¿Por qué llama chusma al obrero que es capaz de ganar su vida con el trabajo y tiene el mismo derecho que nosotros de llevar levantada la frente?”. Díaz Garcés, de este modo, en un gesto casi contracultural, debilita los recursos discursivos de Alessandri, comúnmente aceptados e incluso aplaudidos por su carácter desenfadado, apelando a un principio originario que precede a la simpatía fanfarrona con que un personero político pueda presentarse y que es el respeto a toda condición humana: “Con razón nos decían ayer unos obreros: ‘A nosotros no nos agrada que nos chusmee tanto don Arturo’”. Para el caso de la columna “Las víctimas de Recabarren Luis”, se acude al argumento de autoridad a fin de demostrar que el mismo Presidente había tenido un pensamiento diferente antes de conocer a Luis Recabarren y que se ajustaba a las ideas de Gustave Le Bon expresadas en su libro *La Psychologie politique*. Un ejemplar de dicho texto había sido regalado por Alessandri a Joaquín Díaz Garcés durante 1914 y en él se expresaban apreciaciones positivas con respecto a los conceptos de jerarquía, autoridad, teoría que permitía afirmar que, por entonces, el futuro “León de Tarapacá” valoraba la “disciplina mental”, “el inmaculado prestigio” del ejército chileno, realidades que habían hecho de Chile “el país mejor organizado”. Sin embargo, la autoridad intelectual de Le Bon, según Díaz Garcés, parece haber desaparecido al irrumpir la influencia de Luis Recabarren en la trayectoria política de Alessandri, no obstante que hayan sido contendores en la campaña presidencial de 1920. Al hablar de Recabarren, en la crónica correspondiente, incurre en continuas descalificaciones *ad hominem*: “agitador”, representa una ideología que describe como “una inmensa tontería dulzona”, dice que ese líder tiene espíritu “femenino”, lo describe como “ideólogo loco”, “ojos saltados”, con un “aislamiento de enfermos”, “criminal perseguido”, “fruto de naturaleza impulsiva”, “invertido por fatalismos científicos y en nombre de la libertad del vicio”. Dice que procede del claustro universitario, lugar en donde “se gasta al mismo tiempo la parte trasera de los pantalones, como se empequeñece el espíritu, se seca el corazón y se atrofia la voluntad”. El argumento de descalificación *ad hominem* constituye un ataque personal a Recabarren para acusarlo de que él ha afeminado y, en cierta manera, “pervertido” el antiguo y viril ideario político de Alessandri, para dejarlo caer finalmente en la cuesta de las doctrinas humanistas que nada tienen que ver con la fortaleza y el rigor que necesita una nación. Para el caso de la crónica “El mexicanismo comienza”, Díaz Garcés pretende hacer ver que la nueva ideología abandona los parámetros civilizatorios ilustrados vinculados a la tradición europea y se acerca más a lo que, por entonces, se llamaba “mexicanismo”, el cual viene a ser asociado a “todas las tachas,

vilezas y cobardías del mestizaje sudamericano, definidos por los sociólogos de Norte y Sudamérica y aun de Europa”. El mexicanismo es un “[b]rusco estallido contra lo limpio, lo claro, lo bueno”. Sus prejuicios populistas llegan a calificar hasta el agua de “burguesa, porque corre siempre en un sentido y es cristalina y no envenena”. Para los seguidores de este ideario mestizo, afectado y sentimental, pariente de revoluciones y matonajes al estilo de Pancho Villa, “el ex-presidario, el rufián y el tabernero son jefes naturales, merecen respeto porque el desorden de sus almas es ya una gran rebelión contra el régimen”. Mexicanizar Chile, para Joaquín Díaz Garcés, es cambiar su “fisonomía severa y orgullosa”, la cual “era una favorable y acreditada recomendación de crédito para el mundo civilizado”. El argumento de trasfondo consiste en comparar dos modelos de desarrollo: uno vinculado al paradigma civilizatorio ilustrado y el otro, al errático camino seguido por algunas naciones latinoamericanas, entre las cuales México representaba, por entonces, la tentativa de un proceso revolucionario que se caracterizaba más por un voluntarismo violento que por un plan ilustrado de desarrollo. En ese contexto, “mexicanizar Chile” significaba, de la mano de Alessandri, renunciar al orgulloso pasado en que ya nos habíamos sentido imitadores de las principales potencias europeas. Con este argumento, el cronista se acerca a formulaciones de tono similar que aparecerían en nuestro país en otras circunstancias, en contextos distintos y emitidas por otros actores; así, por ejemplo, el temor a la “cubanización” de Chile en el período 1970-1973, o la propaganda amenazante que rodeó la campaña del “sí” durante el plebiscito constitucional de 1989; allí se planteaba que, de ganar el “no”, volveríamos a un pasado que recordaba desabastecimiento, conflictos sociales, violencia, etc. En síntesis, el argumento utilizado por Joaquín Díaz Garcés resulta ser una interesante evidencia de que la derecha chilena tradicionalmente ha recurrido a alguna realidad topológica (México, Cuba) o cronológica (una época pretérita especialmente marcada por la escasez y la violencia) para desacreditar un proyecto político determinado, instalando, como contrapunto, la convicción de que ellos, en cambio, representan el progreso, la civilización, el orden, el equilibrio, la razón. En la columna “La falta de autoridad”, el cronista sostiene que la nación, bajo el gobierno de Alessandri, está viviendo una paralización. Para ello acude a una argumentación de carácter causal: “Cuando al debilitamiento de la autoridad gubernativa, se agrega la disminución de la autoridad personal, se comprende que venga una súbita paralización en el nervio motor o en el centro directivo del país”. Sostiene que “si desaparece la autoridad como función, potestad, facultad u obligación constitucional [...] la anarquía es segura, esperada y lógica”. Para hacer evidente la falta de autoridad del Presidente, argumenta con hechos que, a su entender, son su síntoma más decidor: “No nos referiremos a falta de voluntad permanente, de principios fijos, en el jefe de la nación: sino a un conjunto de hechos erigidos en sistema y casi en partido”; a saber: “gabinetes asignados por asambleas”, “centros y juntas, a menudo juveniles y siempre ciegas e irresponsables”, “aparición de personajes destituidos de capacidad e

ilustración, de condiciones morales y de energía, aptos para aplicarse a este rodaje demoledor del gobierno y depresivo de la dignidad personal”. Por cierto, Díaz Garcés no se preocupa de explicar en qué se basan sus juicios relacionados con la capacidad, la ilustración, las condiciones morales y la energía de quienes evalúa. El tono enjuiciador del cronista se extiende en la mayor parte de la crónica incurriendo en varias descalificaciones *ad hominem*. Así, por ejemplo, cuando dice que “los castrados de claridad y fuerza mental seguirán toda la vida a los oradores sentimentales de comedia, a los ambiciosos que no van tras de doctrinas sino de influencias”.

En cuanto se refiere a la organización de argumentos dentro del texto persuasivo (*dispositio*), es posible observar, en las crónicas escogidas, tanto el procedimiento deductivo como el inductivo. Inductivo es el caso, por ejemplo, de la columna “El mexicanismo comienza”, en donde se introduce la crónica con el caso de una señora muy conocida en Santiago por su buena fama como una de las “más prudentes, benéficas y amante de los pobres” que había sido atacada por un “grupo de manifestantes alessandristas, compuesto de dos o tres rateros conocidos y de una mujerzuela desvergonzada y mal oliente”. A la explicación detallada del caso, a la suma de panegíricos sobre la humilde condición de la mujer caritativa y a la prolija desacreditación de los atacantes, sucede naturalmente la profecía alarmista con respecto al futuro inmediato: “[h]e aquí los primeros matices de este desorden, amparado desde la más vieja tribuna de la prensa...” Y así sucede en otras de sus columnas, en las que mayoritariamente se observa un proceso de argumentación inductivo que comienza por hechos y termina con la determinación de algunas conclusiones relacionadas con la suerte del país. Es cierto que, en la crónica “Las víctimas de Recabarren Luis” comienza con un epígrafe del libro de Le Bon: “Un pueblo no puede vivir sin ejército, sin jerarquía, sin respeto a la autoridad, sin disciplina mental” y una dedicatoria del mismo Arturo Alessandri al autor: “Por eso hemos sido hasta ahora, sin ningún género de duda, el país mejor organizado de Sud-América”. Unidas la sentencia del autor con la dedicatoria, conforman un epígrafe que se constituye en una suerte de ley que determina causas y efectos. Sobre la base de esta determinación, se despliega posteriormente un análisis que ofrece a la crónica una factura argumentativa de tipo deductivo. Sin embargo, se puede concluir que, en términos generales, Joaquín Díaz Garcés utiliza un razonamiento inductivo en este tipo de crónicas. Comienza por los hechos, enumerando uno o varios acontecimientos; todos ellos son, al mismo tiempo, el punto de partida de su reflexión y la demostración de que lo que dice no está fundamentado en la mera especulación personal o en el ánimo gratuito de satirizar al enemigo. Se trata de un conjunto de argumentaciones destinadas a mostrar un clima de desintegración moral y social que se hace evidente en todos los escenarios y circunstancias que se quieran considerar.

Finalmente, al revisar los recursos expresivos que utiliza, correspondiendo a la *Elocutio* la dimensión retórica que atiende más directamente a las necesidades de persuasión de la columna de opinión, por cuanto es en ella donde se despliegan las

habilidades más propias del escritor y se hace evidente la “creatividad léxica” y “la voluntad de estilo”, sorprende ver en el *corpus* escogido poco más que comparaciones y poco uso de una ironía sagaz y estudiada. En este sentido, se observan grandes diferencias con respecto a otras columnas en estudio de Joaquín Díaz Garcés; a saber, las que publicaba cuando se hacía llamar Ángel Pino. En efecto, en aquellas hay amplio despliegue de figuras retóricas como la alegoría, la personificación y otras, amén de una factura más específicamente literaria. A cambio de la pobreza literaria de las crónicas que tienen como temática la diatriba contra Alessandri, se verifica una mordacidad amenazante azuzada más bien por la urgencia de denunciar vicios y errores en la conducción política de la Nación que por el afán formalista de producir efectos retóricos finamente analizados. Domina en él la palabra primera, evidencia, a su vez, de una ira espontánea; sus crónicas denotan una expresión emotiva claramente comprometida con el destino del país. Y, lo que es más curioso, su emotividad se despliega para atacar lo que a él le parece una tentativa privada del concurso prioritario de la razón por sobre los sentimientos.

## CONCLUSIONES

La imagen de un cronista como Joaquín Díaz Garcés resulta poco cómoda de revisar desde la perspectiva de nuestros días. Él representa precisamente el símbolo inverso de muchos columnistas de opinión posteriores asociados a una ácida crítica a los valores vinculados a la crítica conservadora. Sin embargo, sus crónicas no han sido elegidas en virtud de su opción política, errada o no. Lo son porque se ha querido ver cómo ellas movilizan los recursos retóricos propios de la escritura literaria hacia la arena de la crónica política. Sea como sea, Díaz Garcés es una voz disidente. Como escritor moderno, se ubica en la incomodidad que le supone una sociedad cuyo proyecto él no ha escogido y sobre el cual tiene pocas posibilidades de influir. No pudo evitar los entusiasmos bursátiles de la primera década del siglo ni tampoco la debacle financiera que ellos catapultaron; no pudo evitar que la fantasía política que supuso el auge alessandrista llegara hasta el palacio de La Moneda; nada de lo que observa depende de él, al menos en lo inmediato.

Las columnas comentadas es posible leerlas desde la óptica de un modelo retórico y logran hacer evidente al menos una visión y una convicción, la cual es que él no veía en Arturo Alessandri el advenimiento de un proyecto realmente visionario y que su caudillismo estaba hecho, en el fondo, de un discurso populista que poco tenía que ver con una reestructuración profunda del orden nacional. Dicha visión ha sido demostrada décadas después por estudiosos que se han acercado en forma más precisa al fenómeno y al mito surgido en aquellos años. Quizás su aporte pueda ser reducido a solo esto: que la función del escritor moderno sea siempre la de no apostar todas sus cartas a líderes que siempre demuestran tener palabra de acero pero pies de barro.

Atendiendo a aspectos más precisos, resulta extrañamente notable que un escritor culto no dude en allegar a sus columnas argumentos tan espurios como el supuesto influjo desvirilizador de Recabarren sobre los principios políticos de Alessandri, o expresiones tan vulgares como “gastar la parte trasera de los pantalones”, al mismo tiempo que la pretendida feminización de la nación a causa del impacto que producen doctrinas que “empequeñecen el espíritu”, “secan el corazón” y “atrofian la voluntad”. Tras todos estos usos retóricos, lanzados al oído de las masas, sin el “tiquismiquis del estilo” (como dijo Andrés Sabella) se manifiesta una ira simplemente emponzoñada o el veneno de una palabra que no ha sido debidamente purificada; el refinamiento del estilo del cronista de los primeros años del siglo XX terminó siendo abatido por la contingencia que obnubiló su razón. Sin embargo, logra presentar un mapa ideológico de la realidad en el cual solo cuentan dos caras posibles: o la civilización o la barbarie; o la fidelidad al modelo de república racional que habíamos sido o la simple mexicanaización; o la razón por un lado o la sensiblería barata de los intelectuales e ideólogos, por el otro; o la viril conducción de la nación o el simple desparpajo que queda después de la vacilación afectada de un líder romántico y populista. Sus páginas presentan, en síntesis, el permanente drama del Chile del siglo XX, constantemente confrontado entre dos modelos alternativos que, de tanto en tanto, se fastidian públicamente con monsergas agudas o con vaticinios apocalípticos irreversibles.

## BIBLIOGRAFÍA

- Díaz Garcés, Joaquín. “Comentario obligado”. Santiago: *El Diario Ilustrado*. 20 de abril de 1921.
- . “El mexicanismo comienza”. Santiago: *El Diario Ilustrado*. 2 de julio de 1920.
- . “Hombres de ayer y de hoy”. Santiago: *El Diario Ilustrado*, 5 de junio de 1921.
- . “Interiores modernos”. Santiago: *Pacífico Magazine*, mayo de 1916: 279-91.
- . “La cafetera rusa”. Santiago: *Pacífico Magazine*, 14 de abril de 1907.
- . “La cloaca anarquista”. Santiago: *El Diario Ilustrado*. 18 de noviembre de 1920.
- . “La falta de autoridad”. Santiago: *El Diario Ilustrado*. Sin fecha.
- . “La sandía”. Santiago: *El Chileno*, 19 de marzo de 1899.
- . “Las víctimas de Recabarren Luis”. Santiago: *El Diario Ilustrado*. Sin fecha.
- . “Matrimonio con príncipe”. Santiago: *El Mercurio*, 29 de marzo de 1908.
- . “Psicología del intruso”. Santiago: *Pacífico magazine*, enero de 1915: 33-37.
- . “Reformas y progresos médicos”. Santiago: *Pacífico Magazine*, marzo de 1913: 412-16.
- . “Rubia...”. Santiago: *El Mercurio*, 17 de febrero de 1902.

- Gómez Calderón, Bernardo. “De la intellectio a la elocutio: un modelo de análisis retórico para la columna personal”. *Revista Latina de Comunicación Social* 57 (enero-junio de 2004). Tenerife, España: Universidad de la Laguna, 2004.  
<http://www.ull.es/publicaciones/latina/20040257gomez.htm>. Revisado 09/09/2013
- Martí, José. Prólogo a *El Poema del Niágara* de Juan Antonio Pérez Bonalde. Publicado en Nueva York, en 1882, y reproducido en la *Revista de Cuba*, tomo XIV, 1883. En *Obras Completas*. Tomo 7. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. 1975: 223 — 238.  
[http://www.josemarti.info/libro/prologo\\_poema\\_niagara.html](http://www.josemarti.info/libro/prologo_poema_niagara.html). Revisado 09/11/2013
- Ossandón, Carlos. “*El Diario Ilustrado*. Modernidad y ensoñación identitaria”. *Revista Comunicación y Medios* 14. Santiago: Universidad de Chile, 2003. <http://www.comunicacionymedios.uchile.cl/index.php/RCM/article/viewFile/12098/12454>. Revisado 20/10/2013.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.
- Sabella, Andrés. “Nuestro Joaquín Díaz Garcés”. *Las Últimas Noticias*. Santiago: Talleres *El Mercurio*, 1902— v., (17 sep. 1977).
- Subercaseaux, Bernardo. *Genealogía de la vanguardia en Chile*. (online) <http://www.vicentehuidobro.uchile.cl/contextocultural.htm>
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. “Yo, El León de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma, 1915-1932”. En *Historia*, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Vol. 32, 1999: 485-551.